

rará ese dolor si aquellos objetos roban á la miserable muger, no solo las comodidades de la vida sino la fidelidad de su marido?

Hé aquí otro de los deberes de éstos, á saber, ser fieles á sus consortes. No hay que disculparse con que la muger está enferma, con que se ha imposibilitado para el uso del matrimonio; entonces puntualmente es la circunstancia en que ha de ejercitarse aquel amor en Dios y por Dios, que debe ser el principal resorte de la sociedad conyugal. ¿Qué gracia tiene, qué mérito contrae un marido no dando cabida en su corazón á un amor bastardo en el tiempo en que su muger es dueño absoluto de aquel, en virtud de sus atractivos? ¿Qué hazaña es la de un hombre que no puede dar la menor parte de su afecto á otra muger, porque la suya lo tiene todo arrebatado? El mérito se contraerá siempre que faltando los estímulos en la muger propia, quede únicamente la obligación de ser casto, y se conforme el hombre con ella.

Esta obligación de ser castos no solo comprende la prohibición de usar de otras mugeres que la nuestra, sino la de no abusar de esta misma. San Agustín dice, "que en el tálamo conyugal si no se guarda el pudor, sin duda que no se teme la condenación. Si el marido ha dado mal ejemplo á su muger, ¿podrá, sin cubrirse de rubor, reconvenirla por alguna falta que haya cometido quizá habiendo dado la causa para que delinca? Consideren los maridos que se encuentren en este caso, que ellos mismos dan armas á sus enemigos para que ataquen su honor. Una muger pervertida por su consorte se siente combatida de deseos; el mal ejemplo de su marido la incita, y los libertinos aprovechan todos estos resortes y los mueven con la mayor actividad. ¿Qué combates no tiene que sostener una muger en situación tan crítica! Y vosotros, maridos, ¿qué responderíais si las vuestras os hicieran presentes esas disculpas? Contestaríais muy satisfechos que los filósofos y los publicistas han reputado por nulo el crimen de adulterio en el hombre, pero muy grave en la muger; y que aun las leyes civiles van conformes con esas doctrinas.

Sabed, pues, que las leyes civiles solo atienden al mal resultado físico que resiente la sociedad; y así hay por ejemplo ley que castiga al que mata, pero no la hay para el que solo tiene deseos de matar. El adulterio de la muger en efecto puede producir males muy trascendentales á la sociedad, y por eso lo han visto con rigor los

legisladores. Respecto de las opiniones de los filósofos, si hablan en el sentido que las leyes son conformes á la razón; si hablan en otro, es decir, quitan al adulterio del hombre toda responsabilidad civil y moral, no son opiniones sino errores. La ley de Jesucristo, que atiende principalmente á la malicia de los actos, castiga al adúltero y á la adúltera: ambos son reos de eterna condenación, y acaso muchas veces será ante Dios mas criminal el hombre que la muger por el perverso ejemplo que le da, teniendo obligación de dárselo bueno. Oigamos lo que á este propósito dice San Agustín, y que debe llenar de confusión á los adúlteros. "Se indignan los maridos cuando oyen decir que los adúlteros debían ser castigados con penas severas así como las mugeres: no tienen razón; porque convendría que tanto mas severamente fueran castigados aquellos que deben exceder en virtud á sus mugeres y gobernarlas con su ejemplo."

Convengamos en que por lo regular el marido es causa del extravío de su muger; y para percibir mejor esta verdad, presentemos un cuadro contrario al que hemos dibujado antes. Cuando una muger se encuentra bien servida de su marido, que su conducta es irreprehensible, que no recibe de él sino lecciones de virtud, entonces todas aquellas armas que pueden servir en contra del marido, quedan embotadas. Los libertinos en vez de encontrar circunstancias favorables á sus intentos, las hallan contrarias. La muger no puede pensar sin horror en su prostitución, y sin figurarse ella misma un monstruo de ingratitude. ¡Ah! casados, si quereis que vuestras mugeres sean buenas, sedlo vosotros. Por último, enseñad las virtudes, principalmente la de la castidad y paciencia, que son de las que hay mas necesidad en el matrimonio.

DIA VEINTE Y UNO.

San Valente, obispo y mártir, y San Hospicio, confesor.

SAN VALENTE.

La única noticia que se tiene de San Valente, es la que da hoy el Martirologio romano, de haber sido obispo, y que fué martiriza-

do en compañía de tres niños. Los demas pormenores de su vida y glorioso triunfo se ignoran, como las de otros innumerables heroes de la primitiva Iglesia; ¿mas qué importan ellos para la edificación de los fieles? Al ver sus sienes ornadas con la inmarcesible corona del martirio, su ejemplo nos debe mover eficazmente á imitar su constancia y fidelidad en cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones, atendiendo á la sabida sentencia de San Gregorio Magno: "No puede llegarse á los grandes premios, sino por grandes trabajos; por esto decia el Apóstol de las gentes, *que no sería coronado sino quien pelease con magnánimo esfuerzo.*" Reconcije en hora buena á nuestras almas la grandeza de la recompensa; pero no nos espanten las penalidades del combate.

San Hospicio.

San Hospicio, llamado comunmente Sospis, fué frances y floreció en el Siglo VI. Movido en su tierna edad del deseo de imitar á los anacoretas, pasó á Egipto donde se ejerció en las asperezas y privaciones de la vida solitaria por bastante tiempo, y despues regresó á Francia y se retiró á la Provenza, á una legua de Niza, á una torre arruinada, en la que continuó el mismo tenor de conducta que había emprendido en el Oriente. Siempre estaba cargado de pesadísimas cadenas sobre el asperísimo cilicio que lo cubria: su ocupacion continua era la oracion ó el trabajo de manos: su alimento solo pan y algunos dátiles, y en cuaresma ciertas raices de que usaban los solitarios en Egipto, y que él se sabia proporcionar, para seguir aun en esto las santas costumbres de su religiosa.

Una vida tan austera, pronto dió á conocer su gran santidad. Ocurrían á admirar tanta virtud, á pedirle consejo y á recomendarle á sus oraciones un crecido número de personas piadosas y atribuladas, y todas recibían del siervo de Dios las mas sabias exhortaciones y los mas abundantes consuelos. Los monges que habitaban un monasterio inmediato, lo visitaban tambien con mucha frecuencia y con el mayor cariño, y nunca dejaban de salir de su retiro edificados, compungidos y deseosos de aspirar con todas veras á la perfeccion de su estado. Algunos aseguran que aun lo nombraron por su abad, y se pusieron bajo su direccion.

Pasado algun tiempo de su vuelta á Francia, predijo la irrupcion que harian los lombardos en las provincias inmediatas á los Pirineos; y aconsejó á todos los moradores de las inmediaciones de su retiro se pusiesen en seguridad, como así lo hicieron, igualmente que los monges del monasterio de que hemos hecho mencion arriba. Permaneció en sus ruinas Hospicio sin temor ninguno á los bárbaros, y como estos lo vieron lleno de cadenas, teniéndolo por un malhechor insigne, á cuyo equivoco concurrió nuestro Santo, confesando con humildad ser el peor hombre del mundo, intentaron darle muerte. Levantó uno de ellos el alfanje para degollarlo; pero adormeciéndose al momento el brazo, se le cayó la arma de las manos, milagro con que se convirtió el agresor, que despues abandonando el mundo fué un perfecto religioso, lo que hizo conocer á sus demas compañeros, que aquel no era un criminal, sino un varon virtuoso y digno de toda veneracion.

Este suceso y otros varios muy portentosos que refiere San Gregorio Turonense, entre ellos la curacion de un ciego de nacimiento, hicieron célebre el nombre de Hospicio en toda la Francia; pero esta fama no alteró en lo mas mínimo la humildad de nuestro Santo, ni su retiro, penitencia y demas austeridades. Perseveró en el mismo método de vida, llevando con gusto aquellas sus pesadas cadenas y encerrado entre las casi derribadas paredes de su torre, todo cubierto de gusanos, hasta que reconociendo se acercaba su fin, estando á su cabecera Austacio, obispo de Niza, hizo se le quitasen las cadenas; y habiendo orado postrado en tierra con el mayor fervor, se recostó sobre un banco, donde entregó á pocos momentos su heroico espíritu á su Criador, quedando en seguida su venerable cadáver limpio de aquellos insectos que lo hacían horroroso. Consérvanse sus reliquias en la catedral de Niza, en que se celebra su fiesta el 15 de Octubre, en que acaso fué su tránsito. El Martirologio romano hace conmemoracion de este glorioso confesor el dia de hoy, con el elogio de "insigne por la virtud de la abstinencia y por el espíritu de profecía."

La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion; el cual

nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos tambien nosotros consolar á los que se hallan en cualquier trabajo, con la misma consolacion con que nosotros somos consolados por Dios. Porque á medida que se aumentan en nosotros las aflicciones de Cristo, se aumenta tambien nuestra consolacion por Cristo. Porque si somos atribulados, lo somos para vuestra edificacion y salud: si somos consolados, lo somos para vuestra consolacion: si somos confortados, lo somos para confortacion y salvacion vuestra, cuya obra se perfecciona con la paciencia con que sufris las mismas penas que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos en vosotros; sabiendo que así como habeis sido compañeros en las penas, así lo sereis tambien en la consolacion en Cristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capitulo XVI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame. Pues quien quiere salvar su vida, la perderá: mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿ó con qué cambio podrá el hombre rescatarla? Porque el Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno conforme á sus obras.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de seguir á nuestro Capitan Jesus en la conquista del reino celestial.

Considera que no sin miras muy profundas quiso el Señor hacerse nuestro Adalid y nuestro Capitan en la empresa de ganar el reino de los cielos por el vencimiento de todo lo que pudiera servirnos de obstáculo á aquel logro; pues atendiendo el miserable estado á que quedó reducido el hombre por el pecado original, y la grandeza y multitud de males que se atrajo en castigo de aquella misma culpa, era casi imposible que sin un guia tan sábio, un conductor tan fiel, un caudillo tan esforzado como el Hombre Dios, pudiese el hombre puro acometer y dar cabo á una empresa tan árdua, que tocaba en lo imposible. Lo era en efecto para el hombre el reparar

su caída, supuesta la voluntad de Dios de que se le satisficiese de condigno por la ofensa infinita que habia hecho á la Magestad divina; pero aun cuando hubiese sido de su agrado remitir toda la ofensa sin condigna satisfaccion, el conocer y poner en práctica los medios de justificacion y las obras de virtud con que superando los obstáculos se camina á la perfeccion, no era empresa de hombres sin la luz, el ejemplo y auxilio del Redentor divino.

Considera que es tanto mayor la necesidad de esta guia y conduccion divina, cuanto que la empresa está sujeta á reglas, para cuyo quebrantamiento basta sola la inconstancia y versatilidad del hombre, aun cuando no contemplemos sus vicios y pasiones. ¿Qué pues, hacer para que este hombre fije su natural inconstancia, y siga sin variaciones el sendero de la virtud? Ponerle un conductor, un gefe, un capitan, cuyas huellas siga siempre, y en lo práctico obre lo que le ve obrar, conociendo que jamas se desvia de las reglas importantísimas de la milicia: ellas lo guian al combate; ellas le dan la victoria; ellas le aseguran el triunfo. ¿Mas por qué las observa si él es sobre la ley, y no necesita de ley para obrar en todo santísimamente! ¡Oh! que él las guarda para enseñarnos á obedecerlas y cumplirlas, porque nosotros sí estamos bajo la ley y necesitamos de ella para obrar bien.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Mucho me enseña esta conducta vuestra. ¡O Redentor divino! pues si vos, que sois el Supremo Legislador guardais la ley, ¿cómo puedo yo escusarme de observarla? Y si vos, que sois dueño de la gloria, no os desdenais de ganarla á fuerza de sudores y trabajos, ¿cómo podré yo, misera criatura pretenderla y esperar que me venga sin poner de mi parte el esfuerzo debido? Estos conocimientos deben estimularme á obedecer y trabajar, con el auxilio de vuestra gracia que humildemente imploro.

JACULATORIA.

Llévame, Señor, por el camino de tus madamientos.

LECCION.

Sobre las obligaciones de las mugeres respecto de sus maridos.

Debiendo formar las mugeres casadas una idea justa de los oficios que tienen que desempeñar en su casa, para deducir de ellos las obligaciones á que aquellos las estrechen para hacerlo debidamente, será bien que oigan lo que se dice en los Proverbios: *“La muger sábia edifica su casa, y la necia destruye aun la edificada.”* Tanto es el influjo de la muger en su familia, que no dudó el sábio de compararla al sol: *Lo que el sol al nacer en las alturas de Dios es para el mundo, es la gentileza de la muger buena para el adorno de la casa. Así es que la gracia de la muger diligente deleitará á su marido, y la muger fuerte es su recreo y le llenará de paz los años de su vida; porque gracia sobre gracia es la muger santa y pundonorosa.* Ya que la muger ha oído sus alabanzas, no le sirva de envanecerse, sino de estimularse para merecerlas. Ella en el estado del matrimonio, va á hacerse cargo de dirigir el gobierno doméstico de su familia, al mismo tiempo que va á endulzar á su marido las amarguras que le causen los cuidados de fuera de su casa, y aun los domésticos, cuando no sea suficiente la autoridad y prudencia del sexo débil para remediarlos.

Una buena esposa debe por tanto estar bastante instruida en la ley santa de Dios, para que pueda ministrar á sus hijos y demas personas que compongan su familia, la enseñanza correspondiente, aunque sea en los principios generales de la religion, ya para que no ignoren lo que deben creer como necesario, y sin lo cual no puede haber salvacion, ya para que sepan lo que está mandado ó prohibido bajo de pecado segun su clase, ya en fin para que puedan recibir dignamente y aprovecharse de los santos sacramentos de la confesion y Eucaristia. Debe tener cierta dulzura y afabilidad en sus modales con que hacerse grata á su marido, debe ser prudente, evitando los disturbios domésticos, ahorrando á su marido motivos de incomodidad: debe ser económica, sufrida, y sobre todo, casta y celosa de su reputacion.

Aun no hemos hecho mas que anunciar sus deberes en general: eutremos en los detalles. La primera obligacion que les impone

la ley de Dios es amar á sus maridos de un modo especial, así como dijimos de éstos respecto de aquellas en su leccion correspondiente. Por lo mismo enseñan los moralistas que las faltas de caridad y justicia entre los cónyuges, son mas graves que entre personas estrañas. Este amor debe ir acompañado de respeto, porque así lo estableció Dios para el buen gobierno de las familias. *“Estarás, dijo á la muger bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti. Lo mismo nos enseña San Pablo: Las mugeres estén sujetas á sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la muger, como Cristo es cabeza de la Iglesia.... Y así como la Iglesia está sometida á Cristo, así lo estén las mugeres á sus maridos en todo.”* Está por tanto la muger obligada á obedecer á su marido en cuanto le mande que no sea contrario á la ley de Dios, y harán de consiguiente mal las que los desobedezcan en cosas lícitas, y mucho peor si son necesarias al gobierno de la familia, ó conducentes á la consecucion de los negocios en que el marido se ocupa. Obrarán igualmente mal las que tratan á sus consortes con desprecio, las que llenas de soberbia se portan con ellos peor que con sus criados; ni crean que porque el marido era acaso de cortas facultades y ellas fueron ricas al matrimonio, tienen derecho para despreciarlos, injurjarlos ó tratarlos con orgullo, porque esos accidentes no alteran la sustancia de las cosas. El marido goza de sus preeminencias no por rico, sino por marido, y la muger debe estarle sujeta, no por pobre, sino por muger. Esto es lo que nos enseñan las sagradas letras, pues en el libro de Ester leemos: *Las mugeres, tanto de grandes como de pequeñas, darán honra á sus maridos.* Sea la muger la primera que dé el ejemplo de obedecer, y ella será también obedecida de sus hijos y domésticos. Si unos y otros ven que la que debia darles lecciones de obediencia en el cumplimiento de sus deberes, se las da de lo contrario, aprenderán á hacer otro tanto con el marido y aun con ella misma.

No solo en la virtud de la obediencia ha de dar buen ejemplo, sino en los demas deberes religiosos. Jamas olvidemos la máxima de que es mas eficaz la instruccion con las obras que con las palabras. *¿De qué sirve que prediquemos á los hijos y criados la humildad, si nos ven llenos de soberbia? ¿De qué hacerles conocer las dulzuras de la paz, si nos dejamos llevar de la ira por cualquier mo-*

tivo leve, y alteráramos á cada momento la tranquilidad de nuestra casa? ¿De qué pintarles con los mas feos colores el pecado de la impureza, si nosotros nos hallamos sumergidos en él á su vista? ¿De qué ponderarles las ventajas que se adquieren en el servicio de Dios con la frecuencia de sacramentos, si ellos observan que nunca ó muy raras veces los recibimos? ¿No es esto darles á entender que lo único que deseamos es aprovecharnos de la religion para que ellos sean virtuosos por la utilidad que nos resulta? ¿No es esto hacerles formar un concepto muy bajo de esa misma religion que tanto les recomendamos? Convenzámonos de que las palabras sin obras nada valen.

A la enseñanza por ambos medios, deberá añadir la buena madre de familia la vigilancia en el cuidado de ella. No es bastante que instruyamos á nuestros domésticos en la ley de Dios; tampoco es suficiente que la practiquemos; es necesario que cuidemos de que no la quebranten. Tengamos presente que somos responsables de las faltas que cometan por nuestro descuido: así que deberá la muger observar la manera en que viven sus hijos y criados para remediar los abusos que eneuente, y no solo esto, sino tomar siempre precauciones para que no puedan delinquir, procurando que en sus conversaciones no mezclen palabras deshonestas, ni en su trato acciones indecentes, principalmente entre sexos diversos, y mucho menos en presencia de sus hijos, ni que éstos tengan con los criados otro trato que el indispensable y debido; pero sin inspirar en aquellos directa ó indirectamente algunos resabios de soberbia, orgullo ó desprecio hácia estos.

Desempeñados de este modo los deberes que miran á la religion como objeto principal, pasemos á los que se dirigen inmediatamente al trato de la muger con su marido. Dijimos que aquel ha de ser dulce y afable. El hombre fatigado con el trabajo y los negocios en que se ejercita segun su profesion, busca un asilo en su casa para reponerse del cansancio. ¿Dónde podrá encontrar acogida mas grata que en el seno de una esposa amada y virtuosa? Las negras sombras de los cuidados se disipan á la vista de su semblante afable, sus caricias le hacen olvidar las incomodidades que haya recibido en el día y se le hacen suaves los trabajos que padece por subvenir á la mantencion de una esposa digna de cualquier sacrificio. ¡Qué bello cuadro para un marido! ¡pero qué terrible

el opuesto! Un hombre que llega á su casa solicitando el descanso y se encuentra con una muger iracunda, imprudente, caprichosa, y sobre todo, poseida de la detestable pasion de los celos, verá su morada como un presidio, como un lugar de tormentos, y no de recreacion. Su comida ya llena de acibar: en vez de dormir tranquilo en su lecho, vela sufriendo tal vez reconvencciones infundadas teniendo que volver otro dia al trabajo, sin haber disfrutado un momento de reposo. ¡Mugeres! no aumenteis los cuidados de vuestros maridos, mostraos con ellos carifiosas; no solo debeis procurar no agravar sus aflicciones, sino disimular las vuestras; conyene por lo mismo que seais benignas, condescendientes, agradables y dirigidas en todo por la prudencia.

Aun las acciones mas justas perjudican muchas veces en lugar de aprovechar, si no van acompañadas de esa virtud. *El marido infiel*, dice San Pablo, *es santificado por la muger fiel, y santificada es la muger infiel por el marido fiel*. "Entonces se aman los cónyuges, añade San Juan Crisóstomo, cuando mutuamente se ayudan para conseguir la satisfaccion y la salud." Es muy digno de alabanza el celo de una muger por la salvacion de su marido; hágale presentes sus estravios, pero sea con prudencia. El hombre manda y la muger persuade; y si para ser obedecido con gusto necesita el que manda saber hacerlo con oportunidad, con mayor razon deberá solicitar ésta la que solo tiene libertad para persuadir, y no autoridad para mandar. Las mas justas correcciones no obran muchas veces el efecto saludable que deberían producir, sino otros enteramente contrarios, por no saber usarlas con oportunidad. Imiten los casados á Santa Mónica, de la que dice su hijo San Agustin que jamas hacia la menor resistencia á su marido cuando estaba airado; no solo con los hechos, pero ni aun con las palabras hasta que no lo veia tranquilo, y de este modo consiguió ganarlo para Dios. Es verdad que cuesta mucho trabajo desempeñar las obligaciones del matrimonio del modo que hemos dicho; pero acordemonos que la senda que conduce al cielo es estrecha.

DIA VEINTE Y DOS.

Sta. Rita de Casia, y Stos. Casto y Emilio, mártires.

SANTA RITA.

Rocca, pequeño lugar de Casia en Umbria, fué la patria de Rita, cuyos honrados y virtuosos padres procuraron desde niña darle una educacion verdaderamente cristiana. Súpose esta privilegiada alma aprovecharse de ella tan bien, que la prudencia, discrecion y piedad con que se gobernaba en todas sus acciones, esforzándose en imitar á las dos hermanas Marta y Marfa, la hacian admirar á las personas de mayor edad, por el cuidado que ponía en desempeñar los oficios domésticos de su sexo, sin apartar su corazón de la presencia de su Criador.

Estas piadosas inclinaciones parecian las mas propias para consagrarse al claustro; pero aunque Rita así lo deseaba, y aun se habia resuelto á manifestarlo á sus padres, tan luego como cumplió doce años, Dios que la tenia prevenida para ejemplo de todos los estados, no quiso satisfacer sus deseos; y la virtuosa jóven, obsequiando la voluntad paterna, se vió muy pronto casada con un hombre de muy áspero genio y de feroz natural.

Nuestra Santa empero, aunque veía desvanecidas sus esperanzas de una vida tranquila y retirada, conformándose con el querer divino, se dedicó á desempeñar las obligaciones de una esposa y madre de familia cristiana; y al efecto no solo procuró con todas sus fuerzas sobrellevar pacientemente la terrible condicion y demas defectos personales de su marido, viviendo siempre con él en la mayor armonía, sino formar desde niños á dos hijos que tuvo, procurando suavizar el carácter arrebatado que parecia haberles trasmitido su padre, conteniendo sus ímpetus, é inspirándoles sentimientos de mansedumbre.

Por diez y ocho años sobrellevó nuestra Santa con una prudencia y sufrimiento edificante una vida tan activa y laboriosa, hasta que la violenta muerte de su marido por mano de sus enemigos, vino á suavizar algo sus penas. A pesar de que esta desgracia libraba á Rita de un hombre tirano que tanto la habia oprimido, la lloró como fiel esposa, y como muger cristiana se opuso eficazmente á la



S. Epitacio Confesor.



Sta. Rita de Casia.



S. Casto Martir.



S. Epitacio Obispo y Martir.

venganza que sus hijos meditaban contra los matadores de su padre, crimen que hubieran llevado al cabo, segun era de arrebatado el genio de ambos, no obstante su corta edad, si su virtuosa madre no pudiéndolo ya impedir de otra manera, no hubiera alcanzado de Dios les quitase la vida, antes que pusiesen en práctica sus intentos.

Viuda ya Rita, y muertos sus hijos en lo que padeció mucho su maternal corazon, á pesar del sacrificio que habia hecho á Dios de sus vidas, primero que verlos manchados con la sangre de sus prójimos, se resolvió á seguir su antigua vocacion, retirándose á servir á Dios en un monasterio. Al efecto solicitó con el mayor empeño entrar en el convento de las agustinas; pero por mas diligencias que practicó, lágrimas que derramó, y ardientes súplicas que hizo á las superiores, por tres veces sufrió las mas dolorosas repulsas en razon de su estado; pues en aquella comunidad solo se admitian vírgenes para religiosas. Nuestra Santa que conocia esta imposibilidad no desmayó por eso de su soclitud, y redoblando sus ruegos á San Juan Bautista, á quien habia escogido por abogado en aquel negocio, no dudó un punto de conseguirlo, fiando en el Señor, para cuyos designios no hay dificultades.

En efecto, una noche que se hallaba en oracion, redoblando con el mayor fervor sus peticiones, se le apareció San Juan Bautista en compañía de San Agustin y San Nicolás Tolentino, y conduciéndola por las quebradas y precipicios de los montes, la introdujeron milagrosamente en el monasterio; y asombradas las religiosas de tal maravilla, convencidas de que Rita se encontraba allí por divina disposicion, la admitieron con benignidad y la vistieron el hábito. Esta portentosa manera con que el Señor premió la perseverancia de nuestra Santa, haciéndole lograr sus deseos, á pesar de las insuperables dificultades que se presentaban, es la que ha adquirido á Santa Rita el título de *Abogada de imposibles*.

No fué menos ejemplar nuestra Santa en el perfecto estado de religiosa, que lo habia sido en los de casada y de viuda. El cumplimiento que dió á los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, llegó á tocar el último grado de perfeccion. No contenta con macerar su cuerpo con vigiliias, cilicios y rigorosas abstinencias entretegia espinas en su túnica interior que continuamente la punzaban. Su perseverancia y fervor en la oracion la han hecho muy célebre: desde la media noche hasta la salida del sol, se ocupaba

en meditar los tormentos de la pasión de Jesucristo, con tantas lágrimas y tan íntimos sentimientos de compasión, que muchas veces se llegó á temer su muerte por la violencia de su dolor.

Premió el Señor tanta devoción, comunicándole una gota del amargo caliz que había bebido por amor de los hombres. Un día que oraba fervorosamente ante una imagen de Cristo crucificado, se desprendió milagrosamente una de las espinas de la corona, la que se le clavó en la frente, causándole acerbísimos dolores. Esta herida, al parecer de poca importancia, se ulceró en términos de tener que separarla de la comunidad por el hedor que exhalaba la materia corrompida que despedía, pero aprovechándose la Santa del abandono á que se veía reducida, se valió de aquella libertad para entregarse mas á la oración y á la práctica de las demas virtudes.

Este molestísimo mal le duró lo restante de su vida, y solo valeció de ella por un milagro el tiempo en que hizo un viage á Roma en unión de todas las religiosas á ganar el jubileo; y habiéndose agregado á ella otras graves enfermedades que sufrió con heroica paciencia por espacio de cuatro años, en cuyo tiempo brotó flores su huerto en el rigor del invierno; el día 21 de Mayo de 1403 pasó á recibir al cielo el premio de sus virtudes, despues de haber recibido con la mayor edificación los santos sacramentos, y asistida en su última hora de Jesus y María. Su cuerpo se conserva incorrupto en su convento, y los muchos milagros hechos por su intercesion en vida y despues de su muerte, movieron al papa Urbano VIII á insertar su nombre en el catálogo de los bienaventurados.

San Casto y San Emilio, mártires.

En la persecucion del emperador Decio, ó en la anterior que suscitó Severo á los cristianos por los años de 205, como opinan otros, Casto y Emilio su compañero, cediendo al temor de los tormentos, fueron vencidos en el primer combate que sostuvieron por la fé; pero reconociendo su error, y animados por la gracia divina, se presentaron nuevamente á los tiranos, y retractando su apostasia y confesando voz en cuello á Jesucristo, cubiertos sus rostros de lágrimas con que pedían á los fieles perdon del escándalo que les habían causado, y sus cuerpos de sangre de la multitud de heridas que les habían inferido los verdugos, consumaron gloriosamente

su triunfo en medio de las llamas que primero los habían aterrorizado.

El culto de estos Santos en Africa es muy antiguo, segun consta de los famosos panegíricos predicados en su loor por San Cipriano y San Agustin. El calendario de esa iglesia que se cree ser del siglo V, pone su fiesta en 22 de Mayo, dia en que tambien se han insertado en el Martirologio romano.

La Epistola es del capítulo II del libro de la Sabiduría. (Cantar de Cantares).

Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles; como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes. Como el manzano entre árboles silvestres, así es mi amado entre los hijos. Sentéme á la sombra del que había yo deseado, y su fruto es dulce al paladar mio. Introdújome en la pieza en que tiene el vino, y ordenó en mí el amor. Confortadme con flores, fortalecedme con manzanas porque desfallezco de amor: pondrá su mano izquierda debajo mi cabeza, y con su diestra me abrazará. O hijas de Jerusalen, os conjuro por las corzas y ciervos de los campos que no despertéis, ni quiteis el sueño á mi amada hasta que ella quiera. Oigo la voz de mi amado. Vedle como viene saltando por los montes y brincando por los collados. Al gamo y al cervatillo se parece mi amado. Vedle cómo se pone detras de la pared nuestra, cómo mira por las ventanas, cómo está atisbando por las celosias. Hé aqui que me habla mi amado y dice. Levántate; apresúrate, amor mio, hermosa mia, y vente; pues ya pasó el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias: las flores se dejan ver sobre nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oido en nuestros campos; la higuera arroja sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. Levántate, amiga mia, beldad mia, y vente.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo. (Pág. 85).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si se lo haya un hombre lo encubre, &c.

MEDITACION.

Sobre que la naturaleza misma nos predica el amor que Dios nos tiene.

Considera que no es menester mas que oír la voz de la naturaleza para que conozcamos el amor que Dios nos tiene: "los cielos predicán la gloria de Dios, dice el Profeta, y el firmamento anuncia las obras de sus manos." ¡Y cuáles son éstas sino aquellas de la creación toda, que movió el amor, dirigió la sabiduría y ejecutó el Poder de todo un Dios! La bondad divina, en efecto, siendo de suyo comunicable, quiso objetos, que estando fuera de la esencia de Dios, pudiesen recibir sus influencias soberanas, y para el efecto crió de la nada los astros, los planetas, la luz, los elementos, y todos los seres animados é inanimados, siendo entre los primeros los mas sublimes y excelentes el ángel y el hombre, á quienes dió la racionalidad é inteligencia. ¡O bondad de Dios, que hastándose á sí mismo para ser soberanamente feliz, quiere producir y produce otros seres de que hacerse un objeto de amor y complacencia!

Considera que este amor se percibe mas, y su intimidad se penetra mas bien, mientras mas se profundiza en el conocimiento de la obra de la creación. Estos seres han sido creados de la nada: su esencia no es la esencia divina; pero una vez creados no pueden subsistir sin Dios, que está influyendo en ellos de un modo muy íntimo, y tanto, que habita en ellos, dando á unos ser, á otros ser y vivir, á otros ser, vivir, y sentir, á otros ser, vivir, sentir y entender. Antes de la creación nada eran; despues de creados son; pero lo que son, lo son de Dios, que los conserva, por una creación continuada, mediante la cual, en cada momento están recibiendo de Dios el ser y la existencia, y todo lo que los constituye tales y cuales seres; mas de tal modo, que si Dios suspendiera por un momento su influjo soberano, esto es, su operacion divina, en el momento mismo dejarían de ser y existir, y se volverían *nada*, como eran antes de ser creados. El amor de Dios no lo permite: él creó todas las cosas para que subsistiesen, y las aprecia tanto, que hace de ellas y en ellas su habitacion continua. ¡Oh Dios, y cuán bueno eres; pues no contento con ser tú solo feliz, diste ser á tus criaturas, para que todas fuésemos en tí y contigo felices, según cada una puede serlo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

En Dios el amar es difundir el bien: ¿pues cuál será su amor que en el hecho de producir los astros celestiales y las criaturas todas, difundió el bien, y luego á ellas mismas colma de bendiciones? Tal amor reclama una correspondencia de todo nuestro ser, en el que no debe haber cosa que no esté empleada en Dios, en su amor, en su servicio, así como no hay una que no sea de Dios.

JACULATORIA.

Tuyo soy, Señor; sálvame.

LECCION.

En que concluyen los deberes de las mugeres respecto de sus maridos.

Las mugeres son muy tentadas de vanidad: el deseo de parecer bien y la propension natural del sexo á los adornos y las galas, hacen que muchas veces las casadas impendan mayores gastos que los que pueden sostener las proporciones de sus maridos. Bastantes ocasiones para merecer ante Dios, se presentan á las mugeres en el matrimonio, refrenando aquellas inclinaciones; y las que sepan hacerlo pueden contar con que compran el cielo; no con la entera renuncia de los bienes temporales, sino con el sacrificio de sus deseos. Ademas tienen obligacion de ser económicas, porque la tienen de procurar que despues de sus dias quede á sus hijos con que poder subsistir. ¡Cuánta será la responsabilidad de aquellas madres que por haber consumido los bienes de sus maridos y aun los suyos en sostener un lujo indebido, dejan á sus hijos envueltos en la miseria! ¡Cuánta será tambien su responsabilidad, comprometiendo á sus maridos á que por hacer gastos sobre sus fuerzas se empeñen indebidamente ó se valgan de arbitrios reprobados para proporcionarse numerario con que satisfacer los caprichos ó vanidad de sus mugeres! Sepan éstas que deben cuidar con la mayor economía de los bienes de aquellos, no empleándolos sino en los gastos necesarios á su estado y condicion.

No quiere decir esto que las mugeres se priven aun de lo preciso, ni tampoco que se abstengan de presentarse con la decencia cor-

respondiente á su rango, mucho menos cuando sus maridos quieren que así sea, porque su honor se interesa en manifestar al público que tratan bien á sus consortes; y cumplen con las obligaciones de casados; lo que ha de entenderse es, que deben moderarse en sus gastos y no salir de los que permiten sus comodidades, procurando evitar cuanto sea posible, la superfluidad y el desperdicio. Suele suceder que los recién casados, llevados de su pasión amorosa, procuran aparecer en el mundo en un estado brillante y que no alcanzan sus bienes á sostener por mucho tiempo; pero después hacen punto de honor continuar en la misma situación, de lo que resultan males gravísimos. Entonces es el amor propio sobreponiéndose á las hablillas del mundo. Pues ya que se incurrió en el principio en una imprudencia, es preciso no llevarla adelante en nuestro perjuicio, y menos sostenerla con arbitrios criminales.

Más reprehensibles serán estos cuando consistan en el sacrificio de la fidelidad conyugal. ¡Cuántas veces se ha visto manchada la honestidad por causa del lujo! Este es uno de los enemigos más poderosos contra aquella, sin embargo de que no deja de haber otro caso más fuerte, y es el mal ejemplo y la corrupción del siglo. Tengan las mujeres casadas no solo un ánimo recto y un firme propósito de ser castas, sino mucha vigilancia y precaución para no dejarse sorprender de los usos del mundo. Procuren formar idea de lo despreciable que es la gloria aparente y transitoria con que brinda á los que le sirven. El que se ha convencido de que no hay cosa más despreciable que esa gloria, no le cuesta nada despreciarla; pero los que tienen de ella un concepto elevado, aunque falso, se ven á cada momento obligados á hacer grandes esfuerzos para poder superar las tentaciones, á la manera que tendría que hacer un gran sacrificio el que tuviese que renunciar una considerable cantidad de monedas, creyendo que eran de oro puro, al mismo tiempo que casi ninguno, haría el que supiera que eran de un metal vil y despreciable, aunque aparentaban ser de aquel precioso.

En las grandes capitales es donde por el lujo, la concentración de las riquezas, la molición de muchos de sus habitantes y otras varias causas, se halla muy estendida la corrupción de costumbres, particularmente entre las mujeres. De aquí resulta que el interés de éstas consiste en que todas lo sean, bien para disculparse con que obran contra su voluntad, y solo arrastradas del uso común

de los deberes de la sociedad mal entendidos, y no hacerse singulares, bien para que la conducta de las virtuosas no les sirva de un mudo censor de la suya. Creen, pues, que siendo todas malas, ninguna llamará la atención por serlo. Alucinadas por estas ideas, ellas mismas contribuyen al descrédito de las demás mujeres, de donde se origina ese inagotable flujo de murmuraciones que varias veces se convierten en calumnias. A la mujer que positivamente nada pueden objetar, procuran por lo menos hacerla sospechosa, y basta la amistad más sincera, la visita más inocente, para dar materia á la maledicencia. Cuando absolutamente nada tienen que pueda servir de pretexto á ésta, entonces se valen de disminuir el mérito de la virtuosa, atribuyendo su honradez á una necesidad, por no hallar en sus atractivos mérito bastante para lograr una conquista.

Por otra parte, los libertinos contribuyen cuanto pueden, á estender la corrupción de las mujeres casadas. En el día, en que ciertos filósofos han sistemado aun el pecado mismo, algunos de esos sabios, según el mundo, han encontrado muy gracioso al matrimonio, y preferible á él la vida licenciosa, y así lo enseñan: creen estos miserables que esto es un gran descubrimiento de su alta penetración, ignorando que Dios, á quien nada se oculta, lo tiene así pronosticado por boca de San Pablo: *El Espíritu manifestamente, dice, que en los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la fé, dando oídos á espíritus de error y á doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentira, y que tendrán cauterizada su lengua, que prohibirán casarse.* Introducido ya el desafecto al matrimonio, se sigue el modo de dar gusto á la carne. Son muchas las ventajas que encuentran los libertinos en contrar amistades torpes con las mujeres casadas, más bien que con las de otro estado, y de aquí es que se dedican con el mayor empeño á seducirlas.

Con este objeto mueven cuantos resortes están á su alcance; y siendo uno de los más poderosos la vanidad y el mal ejemplo, no pierden ocasión de adularlas, poniéndoles á la vista la multitud de casadas infieles que están rodeadas de amantes, y que hacen un papel brillante en las concurrencias, causando envidia á las demás mujeres; por otra parte procuran persuadirlas que son unas necias en reservar su hermosura y gracias para sus maridos solamente, pudiendo sacar de aquellas el partido que quisieren en el trato del

mundo; por último, aprovechan aun los mismos desatregos falsos ó verdaderos de los maridos para estimularlas á la venganza. ¡Mugeres casadas, sobrepones á la debilidad de vuestro sexo! Cerrad los oídos á las lisonjas y á los vituperios, persuadidas de que hombres y mugeres os combaten, porque vuestras faltas les interesan, ó para saciar sus pasiones los unos, ó para tener compañeras en la maldad las otras: sobre todo, cerrad vuestro corazón al espíritu de venganza; si os faltan vuestros maridos, imponed silencio á los que os cuenten sus extravíos, ó traten de seduciros de cualquiera otra manera. Advertid que si vuestros maridos os faltan á la fidelidad harán muy mal; pero vosotras no hareis nada bien en imitarlos: esto es lo mismo que iros vosotras al infierno porque ellos se van. ¡Puede haber mayor insensatez!

Aquí es donde tiene lugar el sufrimiento; en este y en otros casos desagradables, debéis comprar con los trabajos la preciosa margarita del reino de los cielos. Sufrid con paciencia las aflixiones que os mande el Señor. Si os veis agoviadas por la miseria, no hay que ocurrir á remediarla á costa de vuestra honestidad: no agraveis por este medio las aflixiones que padezcan vuestros maridos, por sustentaros juntamente con vuestros hijos; antes mostraos entonces mas afables y cariñosas, y sobre todo, mas honradas. ¡Qué consuelo será para un hombre angustiado decir: Todo lo he perdido, menos el corazón de mi esposa! Por último, desempeñad vuestros deberes en cuanto esté á vuestro alcance, y tendreis siempre á Dios propicio: él mismo nos dice: *En tres cosas se complacere mi espíritu que son de la aprobacion de Dios y de los hombres. La concordia entre los hermanos; el amor entre los parientes; y el marido y la muger que viven entre si conformes.*

—————>>>><<<<—————

DIA VEINTE Y TRES.

San Epitacio, obispo y mártir.

Epitacio, Santo muy distinguido de los tiempos apostólicos, fué español de nacimiento y discípulo muy amado de San Pedro Bra-carensis, quien conociendo lo elevado de su mérito, lo consagró obispo de Tudela en el reino de Navarra. La época en que ascen-

dió al episcopado, si bien fué muy triste á la Iglesia por la primera persecucion que sufrió de parte de los emperadores gentiles, puede llamarse la mas gloriosa por el heroico valor con que vió á sus fieles hijos confesar á Jesucristo, sin temor de la muerte ni de los horrorosos tormentos que inventaron el demonio y sus ministros, pretendiendo aniquilar una religion, que cimentada sobre una firme piedra, jamas, segun la promesa de su divino fundador, prevalecerán en su contra las potestades todas del abismo.

Entre estos heroicos atletas de la fé, debe numerarse justamente Epitacio, el cual como valeroso soldado de Cristo se decidió á hacer guerra sin treguas á la idolatría y á los vicios para estender el reino celestial, ofreciéndose inocente víctima por la salvacion de sus hermanos. Imitando á Jesus, su capitan, toleró nuestro Santo sus adversidades, sufrió las injurias, no temió los azotes ni tuvo horror á las cárceles, y cuantos suplicios padeció por el Salvador antes de la muerte, tantos sacrificios ofreció de sí mismo. Instruido por el Apóstol, que no son comparables los padecimientos de este mundo con la futura gloria que nos está reservada, y que esta momentánea y ligera tribulacion nuestra producirá una eterna suma de gloria en los cielos, apartado su corazón de las cosas terrenas con tan consoladora esperanza, y deleitado con la inefable dulzura de la celestial suavidad, continuamente esclamaba con el Salomista: *¿qué hay para mí en el cielo y fuera de tí Dios mio, qué otra cosa deseo sobre la tierra?* y con las mas fervorosas ansias solo suspiraba porque llegase el feliz momento de derramar su sangre, por el amor de quien habia vertido toda la suya en el Calvario.

Animado Epitacio de este espíritu de verdadero cristiano, y fortalecido con la divina gracia, despues de haber trabajado con incansable fervor en la conversion de los gentiles en confirmar á sus ovejas en la fé, y en adornar á su alma con las preciosas joyas de las virtudes propias de un vigilante y celoso pastor, habiendo sufrido valerosamente varios crueles y dolorosos tormentos antes que doblar la rodilla á los infames simulacros de la ciega gentilidad, voló á la bienaventuranza á recibir la debida recompensa de sus méritos. Fué su glorioso triunfo en el primer siglo de la Iglesia, en tiempo del emperador Neron, aunque se ignora el año, y probablemente ocurrió en este dia 23 de Mayo, en que el Martiro-

logio romano hace conmemoracion de nuestro Santo, juntamente con San Basilio, obispo tambien de España.

La Epistola es del capítulo IX de la Sabiduria. (Eclesiástico).

Hijo, no pongas los ojos en muger que quiere á muchos, no sea que caigas en sus lazos. No frecuentes el trato con la bailarina, ni la escuches, si no quieres perecer á la fuerza de su atractivo. No pongas tus ojos en la doncella, para que su belleza no sea ocasion de tu ruina. De ningun modo des entrada en tu alma á las meretrices, para que no te pierdas tú y tu patrimonio. No andes deramando tu vista por las calles de la ciudad, ni vagueando de plaza en plaza. Aparta tus ojos de la muger lujosamente ataviada, y no mires estúdiosamente una hermosa agena. Por la hermosura de la muger muchos se han perdido, y por ella se enciende cual fuego la concupiscencia.

El Evangelio es del capítulo XVIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si tu mano ó tu pié es para tí ocasion de escándalo, córtalos y arrojálos lejos de tí: pues mas te vale entrar en la vida manco ó cojo, que con dos manos ó dos piés ser precipitado al fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y tiralo lejos de tí: mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos, y ser arrojado al fuego del infierno.

MEDITACION.

Sobre el amor que Dios nos tiene, manifestado en el beneficio de la conservacion.

Considera que el amor se prueba con obras, y tanto, que no es verdadero amor el que carece de ellas. El verdadero amante siempre tiende á obrar en obsequio del amado, y está descontento cuando no hace algo por él: hé aquí el carácter del amor de Dios. Bastaba que habitase en sus criaturas para que estas fueran felices; pero no basta para el amor divino, que siempre quiere obrar el bien en ellas. ¡Y cuán mas importante que su conservacion! Esta requiere la operacion divina, y eso es puntualmente lo que place al Señor, estar obrando en su conservacion. Todas reciben este be-

neficio; pero ninguna lo disfruta con las ventajas que el hombre, porque él reme todo lo que está repartido en las demas: todo lo tiene con mas excelencia, y ademas goza de otra cualidad eminentísima que no hay en las demas. El tiene de comun con las piedras y metales el ser, con las plantas el ser y el vivir, con los animales el ser, vivir y sentir, y los excede en el entender, en el que no hay otro que le haga compañía mas que el ángel. ¡Y á quién debe este bien excelentísimo! A aquel Dios de amor que quiso privilegiarlo, haciéndolo á su imagen y semejanza. ¡Pues cual deberá ser el amor con que se esfuerce á corresponderle tan gran bien?

Considera que si en habernos dado el Señor una alma racional de que carecen las criaturas todas inferiores al hombre, nos manifestó tanto su amor, mucho mas se descubre éste en el fin con que lo hizo. Aun sin atender á lo sobrenatural y á lo eterno, y atendiéndonos solo á lo natural y terreno, ¿cómo no vemos que las puso á todas bajo nuestros pies, como dice el Profeta? ¿Cómo no advertimos que en clase de criatura el hombre, es el soberano de todas las demas? Todas le sirven; y lo que es mas incomparablemente, Dios mismo le sirve con todas y cada una de ellas. Si el sol le calienta, si la tierra lo alverga, si las plantas y animales lo sustentan y visten, si el aire le da aliento, si la agua lo refrigera, si en fin los seres todos cooperan á su vida, conservacion y recreo, Dios es el que en cada uno está obrando aquello con que le sirven y consuelan: su Providencia vela sobre él, y hasta á sus mismos ángeles destina á su custodia y su defensa. ¡Oh amor fino y constante, amor de Padre tierno y providente, ¿quién podrá decir algo en tu alabanza que sea digno de tí?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Se recomienda tanto este amor de Dios á los hombres, que solo sacrificándose éstos por su Dios pueden hacer algo con que protestar el agradecimiento que le debon. No omitas tú esta prueba de tu amor y tu reconocimiento; y ya que la dicha del martirio no es dada sino á aquellos á quienes Dios la destina, pon por obra todos los demas sacrificios que en tu estado puedas hacer y abrazar la penitencia y propia negacion, y has de todos una oblation á Dios, pidiéndole de corazon que se digne aceptarla.

JACULATORIA.

Invola á Dios, alma mia, un sacrificio de alabanza, y cümple tus promesas.

LECCION.

Sobre los deberes de los suegros, yernos y nueras.

Una gran parte de los matrimonios desgraciados, dice un moralista, lo son por causa de los parientes de la muger. Esta, con arreglo á varias legislaciones antiguas y modernas, entraba por medio del casamiento en la familia del marido, y se hacia miembro de ella; pero hoy es tan al contrario, segun los usos del mundo, que las mas ocasiones no parece sino que el marido entra en la clase de criado en la casa de la muger. Si los padres de ésta son ricos y el marido pobre, hace un papel despreciable entre los parientes de aquella: si por el contrario, el marido es de proporciones, y los padres y parientes pobres, hostilizan á aquel de enantos modos pueden, como si por haberse casado con su hija ó parienta se hubiese hecho voto de servirlos á todos en cuanto les sugiriese su capricho. Si tanto los suegros como los yernos son ricos ó pobres, suele haber mas armonia; sin embargo no faltan entre unos y otros motivos de incomodidad. Las madres por lo regular están mas preocupadas contra los yernos ó nueras, que los padres. Tan luego como una madre sabe que un sugeto, por recomendable que sea, pretende casarse con una hija suya, lo ve como si fuera su enemigo. El amor imprudente que las madres tienen á los hijos, hace que consideren á sus yernos ó nueras como ladrones de su bien: quisieran que sus hijos jamas se separaran de su lado; cualquiera idea que les anuncie algo de separacion les parece horrorosa, y de testable la persona que la escita. Reflexionen los padres en lo que espusimos hablando de los deberes de éstos para con sus hijos. Muchas veces ese amor inconsiderado no es efecto del cariño que profesamos á nuestros hijos, sino de nuestra propia comodidad. Es en efecto una cosa muy natural y loable que los padres amen á sus hijos: ese amor ha de causar en ellos alguna mortificación cuando se aparten de su lado; pero si obran como deben, harán ese sacrificio en obsequio del bien estar de sus hijos. Amarlos debidamente, es querer lo que les sea útil, aunque para los padres sea algo molesto.

Otra de las causas que fomentan la preocupacion indicada, es la falsa idea que los cónyuges se forman del matrimonio antes de contraerlo como hemos dicho en las lecciones anteriores. Siempre el matrimonio tiene espinas aun cuando se contrae entre personas que abundan en proporciones. Las enfermedades, la edad, la llenuza que da la posesion, han de producir ciertamente algunas alteraciones en la primera situacion de los recién casados, que ellos esperaban que habia de ser eterna. Las madres que así lo juzgaban al tiempo que ellas se casaron, y que no reflexionan que los desabrimientos posteriores están en el órden natural de las cosas, sino que creen son defectos individuales de sus maridos, sacan la consecuencia de que no hay un esposo bueno, y mientras mejor haya sido el suyo, tanto mas se ratifican en aquel concepto. Consideran, pues, á todos los hombres como á tiranos, y de consiguiente casar á una hija es para las madres lo mismo que entregarla á uno de éstos, que tarde ó temprano querrá ejercer sobre ella un imperio despótico.

Los padres, si no tanto como las madres, pero estraviados igualmente del verdadero punto de vista en que debian observar al matrimonio, porque tambien sobre ellos obra sus efectos la falsa idea que se formaron de la inmutabilidad de las delicias conyugales están casi en el mismo sentido que sus consortes. ¿Cuáles son los resultados de esas preocupaciones? Los mas funestos para las familias. Apenas la hija tiene el menor disgusto con su marido por cualquiera de aquellos motivos tan frecuentes entre los casados, cuando padres, hermanos y parientes se declaran contra aquel, haciendo todos causa comun para resistir al tirano. Si el marido es prudente, qué sacrificios no tiene que hacer en obsequio de la paz de las familias! y si es caprichudo, iracundo ó orgulloso ¡qué malos resultados no se espone el matrimonio! Sin ese entremetimiento de los parientes todo seria una friolera, pasaria pronto la incomodidad, y los casados en breves instantes volverian á su antigua quietud, y ni aun recuerdos les quedarian de la pasada ocurrencia; mas la intervencion imprudente de aquellas personas, hace que tomen cuerpo muchas cosas que deberian desvanecerse como débiles sombras.

Aun no paran aquí los males: las mugeres que aisladas de sus padres ó allegados serian humildes y condescendientes, se tornan

orgullosas y tercas encontrándose apoyadas por aquellos: entonces la muger no se considera débil, sino fuerte, y de consiguiente autorizada para contrarrestar á su marido. De aquí es que no se conforma con que éste sea su cabeza, rehusa obedecerlo, y aun se estiende á imponerle leyes. ¡Qué males no se seguirán en el gobierno de la familia de este trastorno de la autoridad doméstica! ¡Y quienes serán responsables de todos ellos sino los padres, que en vez de procurar que su hija sea sufrida y obediente en los trabajos del matrimonio, la hacen impaciente y soberbia! Aun se estienden á mas algunos padres: pretendiendo conservar sobre sus hijas despues de casadas la misma autoridad que antes, se atreven á mandarles cosas contrarias á las órdenes ó gusto de su marido, porque son de diverso modo de pensar, porque han recibido diversa educacion, ó por cualquiera otro motivo; de lo que resulta que cuando menos ponen á las hijas en tortura, porque queriendo no desagradar ni al marido ni á los padres, no saben cómo conducirse. Acuérdense tales padres de que Dios dijo al hombre, que por su muger dejaría á su padre y á su madre, lo cual se entiende tambien de la muger. Aun despues de casados los hijos tienen obligacion de amar, respetar y socorrer á sus padres; mas la autoridad pasa de las personas de éstos al marido, y la muger estará precisada á obedecerlo en todo lo que sea lícito aun contra la voluntad ó mandato de aquellos.

Hemos hablado con tanta estension de los padres y madres de las hijas casadas, porque como dijimos al principio, vienen los disturbios á las familias mas bien por causa de éstos que no por la de los padres y madres de los hijos, los que por lo regular, principalmente las segundas, solo delinquen arrojándose sobre las nueras una autoridad sin límites, y pretendiendo que los hijos las amen y sirvan con preferencia á sus mugeres, de lo que se originan á estas muchas incomodidades y cierta especie de celos; porque la muger quiere, y con mucha razon, que su marido la prefiera en su cariño y en darle gusto; la madre quiere otro tanto, y esto no puede producir sino desavenencias entre las familias. Repetimos á estas madres lo que antes dijimos á las otras: *el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su muger.* Tengan bien presente esta sentencia de Dios, y no serán imprudentes

Los yernos por su parte están obligados á amar y respetar á sus

suegros, é igualmente á socorrerlos. ¡En quiénes podrá emplearse mejor la caridad que en aquellos que dieron el ser á la que se ha formado una carne con la suya! Imitemos sobre esto los ejemplares que tenemos en la sagrada Escritura. Ella nos manifiesta á un Jacob que sirvió siete años á su suegro por obtener á su esposa, y á pesar de haberle faltado aquel al pacto, le sirvió otros siete años sin haber murmurado ni refiido con él. Aprendan las nueras á amar á sus suegras, al ver que la muger de Timees sintió igual dolor por la muerte de éste que por la de su suegro Helf. Las suegras consideren en Noemi el modelo á que han de arreglarse, y lo mismo las nueras en Ruth que trataba á aquella como madre, y en efecto recibia de Noemi oficios de tal, hasta haberle proporcionado su felicidad, aconsejándole el modo y la persona con que habia de celebrar su segundo matrimonio. Los suegros imiten respectivamente la conducta de Jetro con su yerno Moises. ¡Cuán útiles fueron á este insigne caudillo del pueblo de Dios las instrucciones, consejos y ayuda de aquel sábio anciano!

Sobre todo, tengan presente los suegros que no hay camino mas seguro para irse al infierno, que causar ó fomentar las disensiones del matrimonio. Por tanto, están obligados á darles buen ejemplo y procurar la salvacion de sus hijos ó hijas antes y despues de casados: sirvanles, no de apoyo para alentar su soberbia, no de consejeros para obrar mal, sino de directores para la virtud, de modelos de humildad y de conformidad en los trabajos y de consuelo en sus tribulaciones. Cuando llegue el caso de que las padezcan, manifiéstentes que para librarse de las penas eternas, es necesario sufrir con resignacion las temporales; que todo el curso del matrimonio no es igual ni puede serlo en todos tiempos; que muchas de esas mortificaciones son consecuencias naturales de la poca estabilidad de las cosas de este mundo, y no defectos de sus maridos; enseñenlas á obedecerlos y no á resistirles, y sobre todo, á guardarle la fidelidad que exige el sacramento del matrimonio.